

## ***Un saludo de Adviento***

Queridas Hermanas y Hermanos:

Escribo estas líneas cuando el año litúrgico toca a su fin y comienza otro nuevo. Me encuentro en la Casa Generalicia desde la última semana de octubre y estoy empezando a situarme pero con mi placa de aprendiz aún bien visible. El recuerdo de la RGM se va diluyendo en el pasado aunque sus efectos se potencian en mi interior. Mi experiencia de la elección y de la RGM fue una experiencia de koinonía/comunión y de aliento en nuestra vida monástica cisterciense y en la respuesta a la llamada de Dios.

La RGM también me impresionó por la diversidad que hay en la Orden dentro de la auténtica comunión que allí existe. Es esa diversidad la que me viene a la mente ahora que me siento a escribir esas líneas. ¿Cómo decir algo que hable a situaciones tan diversas: a comunidades que tienen una larga tradición, a otras que son tan recientes; a comunidades con un elevado número de miembros ancianos y a otras bullendo con gente más joven; a comunidades que son pobres económicamente y a otras que viven seguras; diversidad en términos de cultura, clima, nacionalidad, gente -monjes y monjas- que llega al final de sus días y gente con toda la vida por delante? Y, sin embargo, estamos todos haciendo el mismo viaje, con el Evangelio por guía, apresurándonos hacia nuestra patria celestial.

Un punto muy importante de contacto para todos nosotros es la Liturgia y el despliegue del Misterio de Cristo que compartimos, a pesar de nuestras circunstancias personales y comunitarias. En este tiempo se nos presenta el misterio del fin de nuestra existencia y la meta y la razón de ser de nuestras vidas. Oímos acerca del fin de todas las cosas y se nos invita a mirar hacia esa gran expectación, que es la nuestra, la de la última venida de Cristo al final de los tiempos. Algunos de mis pensamientos sobre este misterio provienen de los capítulos 24 y 25 del evangelio de Mateo, que ha sido nuestro guía este año litúrgico pasado. Estos dos capítulos forman el quinto y último de los cinco grandes discursos de Jesús en el evangelio de Mateo. Recordarán que estos capítulos, 24 y 25 hablan de la destrucción de Jerusalén, las pruebas y tribulaciones de este tiempo y de la venida de Cristo al final de los siglos. Hay avisos y parábolas que ilustran cómo el cristiano tiene que enfrentarse a esta realidad y vivir en la espera.

El punto de partida de las enseñanzas de Jesús es la pregunta de los discípulos: *"Dinos cuándo sucederá eso, y cuál será el signo de tu venida y del fin del mundo"* (Mt.24, 3) Estas son preguntas que se hacen en todos los tiempos y de las que la mayoría de las personas querría tener contestación. Dan voz al genuino deseo humano de saber lo que va a suceder, así como a la expectación cristiana de la venida de Cristo. Expresan la preocupación que todos tenemos acerca de lo que nos depara el futuro. Hacia dónde va nuestra vida y cuándo y cómo las promesas de Jesús tendrán su cumplimiento.

La gran verdad que late en el corazón de estos dos capítulos es que Jesús vendrá al final de los tiempos (Mt.24, 31) para reunir a los elegidos en su Reino y que su juicio traerá la justicia que es la vida bienaventurada en el Reino de Dios (Mt.25,31-46) descrito en el relato del juicio final con la imagen de la separación entre ovejas y cabras. Este es el fin al que se dirige la vida en este mundo. La imaginaria, la oscuridad apocalíptica y las cuestiones exegéticas no deberían oscurecer o distraer de la verdad que subyace en el corazón de la esperanza cristiana. Así pues, este tiempo litúrgico nos recuerda hacia dónde vamos y hacia dónde deben dirigirse nuestras miradas. Debemos así mismo recordar que nuestro fin no es sólo una nueva realidad cósmica (nuevos cielos y nueva tierra) sino una nueva realidad personal, un encuentro con el que nos ha llamado a su seguimiento y por quien hemos dado nuestras vidas. Jesús nos dice la verdad sobre sí mismo y su lugar en el misterio de la venida del Reino de Dios, pero también afirma con bastante claridad que sólo el Padre sabe cuándo acontecerá esto, cuándo llegará el fin. No hay posibilidad de predecirlo y nadie tiene acceso privilegiado a ese conocimiento. Sabemos nuestro fin en la vida pero no sabemos cuándo tendrá lugar.

Así pues, Jesús nos señala a sus seguidores obstáculos a lo largo del camino y nos enseña cómo vivir en este tiempo entre su primera y segunda venida. Uno de los obstáculos o tentaciones a los que estamos sometidos es la pretensión de los que dicen saber cuándo y dónde tendrá lugar el fin. A pesar de las credenciales que puedan presentar (en términos de signos y milagros) Jesús insiste en que no debemos creerles. Tenemos que aprender a vivir con nuestro desconocimiento, ya que avanzamos en la fe y la confianza en Él y en su palabra.

Nuestro tiempo de vida en este mundo supondrá sufrimiento, nos asegura, pero ese sufrimiento vivido en la fe, por el cristiano, "acortará el tiempo de sufrimiento" y apresurará la venida del Reino. Jesús habla aquí de dolores de parto que nos recuerda cómo Pablo describe la venida de la nueva creación. El peligro aquí radica en perder la esperanza debido a los propios sufrimientos.

Otro riesgo a lo largo del camino es el cansancio por lo tedioso de la existencia. Tenemos todavía que trabajar en el campo y moler en el molino. El peligro aquí es la apatía y la indiferencia e incluso la conducta pecaminosa. Esperar resulta una carga que nos entorpece para lo maravilloso de la vida y la esperanza que es nuestra.

Después de estas advertencias, Jesús, de un modo más positivo, nos dice cómo tenemos que vivir en este tiempo: En vigilante responsabilidad y en amor. Esta vigilancia supone realmente vivir en un estado de alerta, preparados para la llegada de Jesús (parábola de las vírgenes prudentes y las necias). Estamos llamados a vivir responsablemente, a poner en juego los carismas y dones que nos han sido dados y a ser fieles y perseverantes en nuestro servicio (parábola de los siervos fieles y parábola de los talentos). Finalmente, estamos llamados a hacer todo esto con amor. Preparamos la venida de Cristo viviendo el mandamiento del amor al prójimo (*lo que hicisteis a uno de esos pequeños a mí me lo hicisteis*). La caridad es la verdadera prueba de la fe. En cada una de estas actitudes podemos apuntar cómo el centro de la atención se sitúa fuera de nosotros: se trata de una atención al otro. Esperamos la venida de Jesús; hacemos lo que nos pide; hacemos uso de los carismas que nos ha dado; amamos a nuestro prójimo: al hacer todo esto estamos amando a Jesús.

Estos son los puntos más importantes de cuanto enseña Jesús en los capítulos 24 y 25 de Mateo. Al monje (como al cristiano) nos llama en este tiempo de Adviento a afinar nuestra atención y a verificar la dirección de nuestras vidas, para tener delante de nosotros el fin hacia el que vamos; o, mejor aún, para mantener encendido "el amor de nuestras vidas". El Adviento es un tiempo de expectativas gozosas y no de penitencia, aunque hay cierta austeridad en el sentido mismo de toda expectación y preparación. Se dejan de lado otras cosas para estar centrados en la meta (el Cristo que llega y que está también presente en mi prójimo) ya que, como dijo el poeta, "por una hendidura demasiado ancha, por allí –ciertamente- no pasa algo maravilloso".

Ya estemos en el amanecer de nuestra vida monástica, llenos de energía y ocupados en cosas nuevas y en planes para el futuro; ya estemos soportando el calor del mediodía y las cargas y satisfacciones de la responsabilidad; o ya estemos en el atardecer de nuestros días, cuando caminar hacia adelante resulta una dura prueba: en cualquier caso, estamos llamados a mirar al que viene con confianza en su palabra y a vivir con atención, responsabilidad y amor. Hacer esto es cumplir el mandamiento de Jesús y hallar vida en Él.

En la historia que sigue de los Padres del desierto, encuentro magníficamente expresado el espíritu de lo que llamaría ese amor atento que sabe discernir:

Un sacerdote de Esceta tenía el don de discernimiento de espíritus. Un día, cuando se disponía a celebrar la Liturgia del domingo, percibió hordas de demonios fuera de la celda de uno de los hermanos. Tomaron la forma de mujeres y ballaban de un modo incitante. El anciano gruñó y dijo: "Este hermano está viviendo una vida muy descuidada y se encuentra en dificultad, con muchas tentaciones". Después de la Liturgia se dirigió a la celda del hermano y le dijo: "Hermano, actualmente estoy muy preocupado. Por favor, reza por mí para que me vea libre de tentaciones". El hermano quedó bastante desconcertado y poniéndose de rodillas le dijo que no era digno de rezar por un "anciano". Pero este insistió y dijo que no abandonaría la celda sin que le prometiera levantarse de noche y rezar por él. Finalmente, el hermano accedió y dijo que rezaría como le había pedido. Así pues, esa noche el hermano se levantó y rezó por el anciano. Terminada la oración, dijo para sus adentros: "Eres un auténtico miserable. ¡Estás rezando por este anciano y no lo haces por ti mismo! Se llenó de compunción y rezó por sí mismo. Y continuó con la práctica de rezar cada noche por el anciano y por sí mismo.

Al domingo siguiente el anciano vino a celebrar la Liturgia y vio de nuevo a los demonios vestidos de mujer. Es cierto que estaban más contenidos, lo cual le alegró mucho. Terminada la Liturgia, fue junto al hermano y le pidió que le hiciera de nuevo un favor: añadir otra oración por él a la que ya estaba haciendo, pues se hallaba aún turbado. El hermano asintió y aquella noche dijo una segunda oración por el anciano. Se sintió de nuevo movido a compunción y se dijo que podía igualmente agregar otra por sí, y lo hizo durante otra semana. Al tercer domingo el anciano volvió y constató que la acción de los demonios iba casi terminando, lo que le alegró. Yendo de nuevo al joven le pidió que añadiera una oración más. El hermano accedió: cada noche de esa semana dijo tres oraciones por el anciano y tres por sí mismo. Cuando el anciano realizó la visita al domingo siguiente los demonios se presentaron y le injuriaron porque se habían percatado de que el hermano se había liberado de ellos; finalmente, desaparecieron. El anciano fue junto al joven lleno de alegría y le dijo que ya todo iba bien, y le indicó que siguiera rezando y que estuviera alerta, haciendo eso mismo continuamente.

Que tengan un santo Adviento, una feliz Navidad y un Año Nuevo rebosante de esperanza.  
Fraternalmente en Cristo,

P. Eamon  
Abad General